

ponder, y, en efecto, nada se respondió al conde de Theux. Todo el mundo convino tácitamente que, si la libertad religiosa reina en Europa, se la debemos al papado, que habría querido exterminar á los herejes, y á la Inquisición, que hizo lo posible por exterminarlos, y á la Iglesia, que todavía hoy la rechaza. ¡Todo eso es claro y evidente para los católicos belgas! Y lo que aún es más evidente y más claro es que nuestros católicos son dignos discípulos del abate Bergier, y que los discípulos van más allá del maestro. ¿Habrán aprendido esas lecciones entre los reverendos padres? Calumniad, calumniad, que algo quedará. El fraude, cuando es piadoso, también acaba por pasar como verdad á fuerza de ser repetido. Eso sí, en el campo católico; pero Dios vela porque la verdad no sea nunca ahogada, y el porvenir es de la verdad, porque es de Dios.

§ III.—La Revolución y la filosofía.

I.

Dejemos á los hombres del pasado; los desgraciados sienten que el mundo se les escapa, y en su ciego celo se agarran á todas las tablas de salvación; no ven que las armas desleales acabarán por perder la causa en cuyo servicio se emplean. Volvamos á la Revolución y preguntemos á los hombres del 89 de dónde proceden. ¿Quién puede saberlo mejor? Entre los revolucionarios los había que creían conciliable la religión con la filosofía; pero esos mismos, á pesar de sus ilusiones, rendían homenaje á los filósofos y proclamaban que la Francia les debía la libertad; su testimonio es el más desinteresado y el más convincente. Oigamos al abate Fauchet hablando desde un púlpito cristiano: "Hay que decirlo muy alto y hasta en los templos: la filosofía es la que ha resucitado la naturaleza, la que ha despertado el espíritu humano y devuelto el corazón á la sociedad. La humanidad estaba muerta por la servidumbre y se ha reanimado por medio del pensamiento; ha buscado en sí misma y ha encontrado la libertad, lanzando el grito de la verdad por el universo," (1).

¿Qué confesión de parte de un católico y de un

(1) FAUCHET, Discurso pronunciado el miércoles 5 de Agosto acerca de la *Libertad francesa*, en la iglesia de Santiago, con motivo de la fiesta religiosa en memoria de los ciudadanos muertos en el asalto de la Bastilla, p. 5.

sacerdote! La humanidad estaba muerta. Sí, porque el pensamiento no era libre; y cuando el hombre no piensa libremente, está sin verdadera vida; no es más que una planta que vegeta. Y ¿bajo qué régimen ha estado muerta la humanidad para la vida de la inteligencia? ¿Quién ha hecho un crimen de la libertad de pensar? ¿Quién ha enviado al cadalso á los libres pensadores? La Iglesia. ¿Quién ha resucitado la humanidad? Los filósofos. ¿Dónde han bebido la palabra de vida que hizo ese milagro? ¿Van ellos á consultar á la Sagrada Escritura? ¿Se dirigen á Jesucristo? (a). No, descienden á las profundidades de su conciencia, ensanchan la voz de la naturaleza, es la religión natural la que les responde: el hombre ha recibido de Dios el don del pensamiento para usar de él libremente. Libertad, tal es la palabra mágica que reanima la humanidad moribunda. El catolicismo la había asesinado esclavizándola; la filosofía la devuelve la vida dándole libertad. Hé aquí lo que dice un sacerdote católico desde un púlpito cristiano (b).

Añadamos al testimonio de un católico el de un protestante, Boissy-d'Anglas, uno de los hombres más moderados de la Revolución. Había ya en el año III de la República escritores que representaban á la Revolución como la obra de un puñado de facciosos. Boissy-d'Anglas dice que se necesita el delirio de la ignorancia para atribuir á la acción maléfica de unos cuantos individuos un movi-

(a) Es necesario estar muy obcecado para negar que la filosofía moderna, como la de la Edad Media y como la literatura y las artes, han bebido y se han inspirado más ó menos en las doctrinas del Crucificado, puesto que estas doctrinas han informado las sociedades modernas y han contribuido á ensanchar los estrechos moldes de la ciudad antigua, de la antigua filosofía y de las ciencias morales y políticas especialmente. Si de esto faltaran pruebas, nos las daría el mismo Laurent, á quien, con todas sus largas miras de libre pensador y de liberal, aún le parecen anchos los moldes que sólo vagamente diseñan la palabra vivificante del Cristo.—(N. del T.)

(b) El catolicismo había ahogado más que la libertad, había sofocado el amor y la vida, al torcer y desvirtuar la palabra del Cristo, que es palabra de vida, de amor y de libertad. Esto es lo que olvida Laurent y olvidan los individualistas exagerados. No es todo para el hombre la libertad, no; le constituye otro elemento, el amor, la sociabilidad; necesita amar para ser amado; necesita darse, amar mucho, servir mucho, contribuir al bien de todos para gozar el sumo bien, para ser feliz, para vivir en su centro, para ser hombre, para ser verdaderamente libre. Porque, ¿quién ha dicho que el ser libre el hombre consiste en hacer todo cuanto se le antoje? Eso hace el bruto, y tal vez el hombre salvaje. La libertad consiste en hacer voluntariamente y sin coacción lo que se debe hacer. Y lo que el hombre debe, es hacer todo el bien que pueda á todo cuanto le rodea. Cuanto más pueda ensanchar el círculo de su acción bienhechora y amante, será tanto más libre y más feliz y más hombre y más cristiano, en la verdadera acepción de la palabra.—(N. del T.)

miento inmenso, fruto de los siglos y de la filosofía. Si la Revolución es hija de alguno, puede reclamar una ascendencia más ilustre: "Es hija de ese arte divino que multiplica con tanta rapidez y que conserva para las generaciones futuras todas las concepciones del genio," (1). No bastaba la prensa, la cual no es más que un instrumento, era necesaria la libertad de pensamiento para dar vida á la Revolución. Y ¿quién reivindicó la libertad de pensar y de escribir? Los filósofos del siglo XVIII, y á su cabeza el genio universal que vale por un siglo. Desde que la prensa fué libre, saludó á Voltaire como el precursor de la Revolución. En el *Mercurio de Francia* de 1790 se decía (2): "Voltaire no ha visto todo lo que ha hecho, pero ha hecho todo lo que nosotros vemos. Los observadores ilustrados, los que saben escribir la historia, demostrarán á los que saben reflexionar que el primer autor de esa gran revolución que asombra á la Europa y difunde por todas partes la esperanza entre los pueblos y la inquietud en las cortes ha sido indudablemente Voltaire; él es el que ha hecho caer la primera y más formidable barrera del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. Si él no hubiese hecho pedazos el yugo de los clérigos, jamás se hubiese roto el de los tiranos... Él es el que ha emancipado el espíritu humano... Él es el que ha hecho popular la razón; y si el pueblo no hubiese aprendido á pensar, jamás se hubiera servido de su fuerza."

Ese testimonio de un contemporáneo acerca de la misión de la filosofía nos enseña más que las palabras de desden ó de elogio de los historiadores modernos. Sí, los filósofos fueron los libertadores del espíritu humano, y en ese sentido fueron los verdaderos precursores de una revolución que estaba llamada á emancipar á los pueblos. Pensar libremente es la esencia de la libertad, con tal que el pensamiento se pueda manifestar libremente y que la libre actividad de los individuos esté garantida por instituciones políticas. El pensamiento libre es el punto de partida de toda la libertad. Los revolucionarios lo conocían, y por eso celebran á los filósofos como autores de la Revolución. "Son los filósofos, se dijo en la tribuna de la Asamblea

nacional, los primeros que han enseñado los derechos naturales del hombre; ellos son los que han difundido esas verdades entre nosotros. Hé aquí por qué las tiranías se han dado la consigna de desacreditarlos y perseguirlos. ¿No deben recibir al fin la recompensa de su celo por los que nos aprovechamos de sus luces?"

La Revolución, agradecida, elevó un templo á los grandes hombres que ilustran la humanidad, y que al ilustrarla la emancipan. Voltaire fué el primer filósofo que recibió los honores del Panteón. La Asamblea constituyente fué quien se los decretó. Treillard recordó que en 1764, Voltaire anunciaba la Revolución y decía que él no sería testigo, pero que los hijos de la generación de entonces la verían en toda su plenitud: "Es á él á quien se la debemos, continuó el orador, y es quizá uno de los primeros á quienes debemos los honores que habeis decretado á los grandes hombres que han merecido bien de la patria." El 30 de Mayo, Gossin leyó un dictamen sobre la proposición: "El 30 de Mayo de 1778, dijo, fué cuando se negaron á Voltaire los honores de la sepultura, y es en este mismo día en el que la gratitud nacional debe consagrarla, pagando así una deuda con aquel que ha preparado á los hombres á la tolerancia y á la libertad. La filosofía y la justicia reclaman que sea época de su triunfo aquella misma en que el fanatismo perseguidor trató de proscribir su memoria," (1). Hé ahí la verdad acerca de la genealogía de la Revolución: ella misma proclama que Voltaire ha sido su precursor. Y ¿qué ha hecho la Iglesia con aquel que hoy admira la Europa entera y que la posteridad admirará siempre? Le negó los últimos honores que se otorgan á todo hombre, y más tarde se arrepintió de no haber hecho más: un jesuita deploró que se hubiese dejado la vida á aquel que descargó tan rudos golpes contra el catolicismo (2). Si la Iglesia hubiese tenido poder para ello, Voltaire hubiera muerto en el cadalso ó hubiera sido sepultado en los calabozos de la Inquisición. Hé ahí cómo el catolicismo

(1) *Monitor* del 8 de Mayo de 1791.

(2) GEORGET, jesuita, *Memorias para servir á la historia de los acontecimientos del fin del siglo XVIII*, t. II, p. 231: "Si la Providencia hubiera permitido que ese reformador, salido de los antros del Ténaro, hubiera perecido al nacer, si la autoridad, menos indulgente, hubiera dado al mundo un grande y saludable ejemplo de severidad abreviando los días de aquel emponzoñador público..."

(1) BOISSY D'ANGLAS, *Dictamen sobre la Constitución del año III* (*Monitor* del 11 mesidor, año III).

(2) *El Mercurio de Francia*, del 7 de Abril de 1790.

preparó la Revolución: la preparó por su intolerancia.

La Revolución, llevó las cenizas de Voltaire al Panteon. ¿Cuáles eran á los ojos de los hombres del 89 los títulos del gran escritor á aquel honor nacional? "Voltaire, dice el ponente de la Asamblea, ha aplastado el fanatismo; denunciado los errores de nuestras instituciones, hasta entónces idolatrados, ha desgarrado el velo que cubría todas las tiranías... Los siervos del Mont-Jura le han visto conmover el árbol antiguo que vosotros habeis desarraigado... La nacion ha recibido el ultraje hecho á ese grande hombre; la nacion lo reparará, y los Franceses, al verse libres, decretarán al libertador del pensamiento el honor que han tributado ya á uno de los fundadores de la libertad (Mirabeau)."

La proposicion acerca de los honores del Panteon á favor del gran incrédulo alarmaba á muchas conciencias en el seno mismo de la Asamblea. Regnault de Saint-Jean d'Angely insistió sobre los verdaderos títulos de Voltaire á la gratitud de la humanidad: "No es sólo á los talentos, no es sólo al espíritu más distinguido de su siglo, al hombre que la naturaleza todavía no ha reemplazado sobre el globo, á quien yo rindo homenaje... Esos títulos, por preciosos que sean, no bastarian para decidir á los representantes de la nacion francesa á conceder al filósofo de Ferney los honores que se solicitan para sus restos mortales; reclamo esos honores para el filósofo que se atrevió, uno de los primeros, á hablar á los pueblos de sus derechos, de su dignidad, de su poder, en medio de una corte corrompida... Sabía que para que un pueblo fuese libre era necesario que dejase de ser ignorante; sabía que en las tinieblas se subyuga á las naciones, y que cuando la luz viene á alumbrar la vergüenza de sus cadenas, se sonrojan de llevarlas y quieren romperlas, y las rompen en efecto" (1).

Nada más tierno y significativo que los honores tributados á Voltaire por la nacion. Sus últimos dias habian sido un triunfo perpetuo, pero antes de la Revolución nadie osaba festejar al libertador del espíritu humano. Cuando Voltaire fué llevado al Panteon, el pueblo celebró los funerales del que le había preparado á ser libre. En uno de

(1) *Monitor* del 31 de Mayo de 1791.

los lados del sarcófago se leía esta inscripcion:

Combatió á los ateos y á los fanáticos;
Inspiró la tolerancia;
Reclamó los derechos del hombre
Contra la servidumbre y el feudalismo.

En el lado opuesto se leía:

Poeta, filósofo, historiador,
Hizo tomar gran vuelo al espíritu humano
Y nos preparó para ser libres.

La nacion no olvidó la humanidad de Voltaire; ese sentimiento fué el que le hizo tan querido del pueblo. Y en la parte posterior del sarcófago se leía:

Defendió á Calas,
Á Sirven, La Barre y Montbailly.

Hemos entrado en algunos detalles, contra nuestra costumbre, porque los historiadores los dan escasos sobre este asunto. Las luchas de la tribuna, y sobre todo las de los campos de batalla, les interesan más. Sin embargo, ¿qué son los más bellos discursos, ni qué es la más brillante victoria comparados á la influencia de un hombre de genio sobre la humanidad? La memoria de Voltaire brillará como una aureola inmortal hasta cuando la posteridad no sepa nada de los bellos hechos de armas ni de la hábil estrategia de que está llena una de las mejores obras sobre la Revolución francesa. Damos la preferencia á Voltaire sobre todos los guerreros de la Revolución, y hasta sobre el más grande de todos, porque Voltaire emancipó el espíritu humano, miéntras que Napoleon lo encadenó de nuevo.

La apoteosis de Voltaire no fué la obra de los hombres de letras, toda la nacion se asoció á ella, y nunca ha podido decirse con más verdad que la voz del pueblo era la voz de Dios. Oigamos á los dos amigos de la libertad que han escrito la *Historia de la Revolución*, con ménos talento quizá, pero seguramente con más verdad, que algun historiador moderno: "No era á un gran poeta, ni á un sabio universal, ni al primero de nuestros historiadores á quien el pueblo admiraba y divinizaba; era á un gran filósofo, á uno de los principales autores de la Revolución. Al lado de la imagen de la Bastilla, de la corona mural concedida á sus vencedores, iban las Obras de Voltaire, como si se hubiera querido decirle: Esa corona te pertenece; eres tú, son tus obras las que han echado abajo ese baluarte formidable del despotismo. Á los la-

dos del carro triunfal marchaban los legisladores á los cuales había instruido enseñándoles que la nobleza y el clero, esas dos clases que aniquilaban la Francia, tenían piés de arcilla y era fácil derribarlas; despues los jueces á quienes había ilustrado en las defensas de los Calas, Sirven, Montbailly y La Barre, y por último, el pueblo á quien había preparado para la Revolución recordándole sus derechos, y sobre todo, pleiteando con tanto valor como buen éxito la causa de los siervos del Mont-Jura. No era aquella la pompa fúnebre de un filósofo, era la de las preocupaciones y los abusos; se celebraba á la vez el aniquilamiento de los tiranos y la inmortalidad de aquel que había empleado todas las armas del ridículo y de la razon para acelerar su caída" (1).

II.

Hay dos poderosos genios que reasumen el inmenso movimiento de las inteligencias que caracteriza el siglo XVIII. La Asamblea constituyente había concedido á Voltaire los honores del Panteon. ¿Qué iba á hacer con su inmortal adversario J. J. Rousseau? Comenzó por decretarle una estatua, como si quisiera hacer justicia á las amargas quejas del gran pensador cuando, emplazado por el Parlamento, arrojado de Ginebra y haciendo la vida errante de un proscrito, escribía estas palabras: "Si, no temo decirlo: si existiese en Europa un solo gobierno ilustrado, un gobierno cuyas miras fuesen verdaderamente útiles y sanas, hubiese tributado honores públicos al autor de el *Emilio*, le hubiese levantado estatuas. Yo conocía demasiado á los hombres para esperar de ellos agradecimiento; pero para esperar de ellos lo que han hecho, lo confieso, no los conocía bastante... Siempre es la posteridad la que paga la deuda de los contemporáneos, y no sabemos si hay que lamentarse de ello. El hombre se crece con la lucha, y es bueno que pruebe la adversidad; le sirve más la injusticia que las adulaciones de un público que las más de las veces reparte á ciegas sus favores. Un miembro de la Asamblea nacional, repitiendo las palabras que acabamos de citar, añadió: "Así es como, en medio de la amargura de su corazón,

(1) *Historia de la Revolución*, por dos amigos de la libertad, tomo VII, p. 41.

debía reconcentrarse en sí mismo un hombre injustamente perseguido. Hoy que, gracias á vosotros, existe en Francia un gobierno tal como Rousseau lo apetecía por juez, yo solicito ante aquellos mismos que han fundado ese gobierno, y la solicito con confianza, la reparacion debida á la memoria del proscrito. Yo me atrevó á esperarla en el momento en que se verifica en Francia la más admirable y completa de las revoluciones, por la fuerza sola de la verdad y de la razon; y puesto que en esta grande y peligrosa empresa no teneis otro apoyo más que el de la opinion pública, ¿qué agradecimiento no debeis á aquel que, ilustrando la voluntad soberana de la nacion, de la cual sois órganos, ha puesto en vuestras manos las armas victoriosas con las cuales habeis combatido al despotismo y asegurado para siempre nuestros derechos y nuestra libertad." Á virtud de esta proposicion, la Asamblea nacional decretó: "Será erigida una estatua al autor de el *Emilio* y del *Contrato social* con esta inscripcion: LA NACION FRANCESA LIBRE Á J. J. ROUSSEAU. En el pedestal se grabará el lema: *Vitam impendere vero.*"

El decreto fué adoptado por aclamacion de la Asamblea y con repetidos aplausos (1). Los admiradores de Rousseau no estaban satisfechos. Cuando los restos de Voltaire descansaban en el Panteon, ¿no debía la Francia conceder los mismos honores al escritor ilustre que, sin embargo de ser su rival, persiguió el mismo fin, la emancipacion de la humanidad? El 27 de Agosto de 1791, en una sesion nocturna, se presentó á la barra de la Asamblea nacional una diputacion compuesta de ciudadanos y hombres de letras de Paris; y tomando la palabra uno de sus miembros, dijo á la Asamblea: "Habeis otorgado á Voltaire los honores que le son debidos, pagando á su memoria una deuda de justicia: ¿la habeis pagado, señores, para con el autor del *Contrato social*?... ¿De qué soberania fuisteis investidos para regenerar un gran imperio y darle una constitucion libre? De la inalienable é imprescriptible soberania del pueblo. ¿Sobre qué base habeis fundado esa constitucion que habrá de ser el modelo de todas las constituciones humanas? Sobre la igualdad de derechos. Señores, la igualdad de derechos entre los hombres y la soberania del pueblo, Rousseau ha sido

(1) *Monitor* del 23 de Diciembre de 1790.

el primero que las enseñó y formuló en sistema ante los ojos del mismo despotismo. Esas dos ideas madres han germinado en las almas francesas y en las vuestras con la meditacion de sus escritos; y si, como no puede negarse, nuestra constitucion entera no es más que el desarrollo de aquellas ideas, no obstante lo que se haya podido decir acerca de algunas ideas particulares de Rousseau, que parecen ménos conformes á algunos de vuestros principios, no por eso deja de ser aquél el primer fundador de la Constitucion francesa.

La Asamblea estaba presidida por Víctor Broglie, quien saludó en Rousseau al genio, colocándole por cima de todas las ventajas del nacimiento. Recordando los decretos que abolían la nobleza, añadió: "La Asamblea nacional ha querido que el talento y la virtud fuesen en adelante las únicas señales de distincion entre los ciudadanos del imperio, y eso equivalía á dar el primer puesto á aquel que las reunía todas: era dar un lugar á Rousseau en el que no tuviese superior. Al decretarle una estatua, la Asamblea no pretendió poner límites al agradecimiento nacional. Toda la gloria de Rousseau está en sus escritos, ninguna pompa triunfal podría añadir honor alguno á aquella gloria; pero esta pompa y estos honores tributados por la nacion la descargan de sus deudas y sirven de grande ejemplo. Los Franceses comprenden cada dia mejor todo lo que deben á aquel que, con su *Contrato social*, redujo á su justo valor el pretendido derecho del más fuerte, devolvió á los hombres la igualdad de derechos y á los pueblos la soberanía tan largo tiempo usurpada; aquel que en todas sus obras enseñó, no sólo á practicar, sino á amar la virtud; no sólo á romper las cadenas del despotismo y de la supersticion, sino las del vicio; aquel que, llamándonos sin cesar hácia los sentimientos naturales, nos preparó tan poderosamente para el de la libertad, el primero y más imperioso de todos los sentimientos," (1).

La ceremonia no tuvo lugar hasta la época de la Convencion nacional. Fué esa como una especie de marca providencial del vínculo que une al autor del *Contrato social* con la República. Voltaire y Rousseau fueron los precursores de la Revolucion; pero aquél inspiró más especialmente á la Asamblea constituyente, la primera que declaró los de-

(1) *Monitor* del 30 de Agosto de 1791.

rechos del hombre, y Rousseau fué el oráculo de la Convencion, que trató de realizar sus ideas de igualdad proclamando la República. Voltaire es el representante de la libertad; Rousseau es el órgano de la democracia más afecta á la igualdad; las dos tendencias son rivales y hasta cierto punto hostiles, así como lo fueron Voltaire y Rousseau (a). No es que haya incompatibilidad entre aquellas dos ideas; ambas entrañan dos necesidades de nuestra naturaleza igualmente legítimas; pero para conciliarlas es necesario que se forme idea justa de una y de otra. Hemos dicho cuáles fueron los extravíos de la Revolucion; más adelante diremos la parte que en esos errores tuvo Rousseau y cómo contribuyó á esparcirlos. Pero dia vendrá en que las dos tendencias se verán confundidas, en que la verdadera libertad dará la mano á la igualdad. Los decretos de la Asamblea constituyente son una imagen y un preludio de esa definitiva conciliacion. La Asamblea colocó la igualdad al lado de la libertad en la declaracion de los derechos, y reunió en un mismo templo, dedicado á los grandes hombres, las cenizas de Voltaire y Rousseau.

III.

¿Hay que responder á las acusaciones que los escritores católicos lanzan contra los filósofos? Nosotros lo haremos para hacer constar los cargos de aquellos que son, en nuestro concepto, un título de gloria para la filosofía. Cuando los reaccionarios dicen que Voltaire y Rousseau fueron los autores de la Revolucion, creen descargar de toda responsabilidad á los hombres y las cosas del antiguo régimen. ¡Vana tentativa que acredita su ignorancia y su estrechez de espíritu! Las revoluciones no caen del cielo ni salen armadas de la cabeza de un filósofo, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter. Los que conocen algo de la historia saben que el presente procede del pasado. ¿Cuál es el pasado que engendró la Revolucion? ¿Son algunos filósofos? La posteridad ha respondido ya á nuestra pregunta, y su fallo no será revocado. No, no es Voltaire ni es Rousseau los que han hecho la Revolucion; es el poder absoluto, son los ministros despotas de los monarcas absolutos, son los insolentes

(a) Mal parados quedarían los dos principios si hubiera entre ellos la oposicion que había entre Voltaire y Rousseau. Felizmente no es así.—(N. del T.)

nobles, criados de la corte ó señores feudales que aniquilaron al pueblo, es una Iglesia intolerante y decrepita los que han producido la Revolucion (1).

No queremos por eso negar que los filósofos hayan sido los precursores de la Revolucion del 89; pero los precursores no son los autores, y, sobre todo, no son responsables de los males producidos por las revoluciones. Léjos de ello, éstas podían haber sido prevenidas, y lo hubieran sido si se hubiese escuchado á los escritores que las anunciaban y en cierto modo las preparaban. ¿Se ha acusado nunca á los profetas de las calamidades que predecían? Al mismo tiempo que profetizaban el mal, señalaban la causa é indicaban el remedio. La reforma del siglo XVI ha tenido sus precursores en la Edad Media; y ¿habrá que culpar á esos precursores de las calamidades que affigieron la Europa á consecuencia del protestantismo? ¿Será que Juan Hus y Wiclef sean culpables de la sangre derramada á torrentes por la Iglesia en las horribles guerras de religion? Si la Iglesia hubiera hecho justicia á sus quejas, si hubiese comprendido las señales de los tiempos que anunciaban la tempestad, hubiera podido reformar la cristiandad y evitarla el diluvio de males que sobre ella cayeron. Los filósofos fueron tambien los precursores de la Revolucion del 89; desempeñaron el papel de médicos, señalando los síntomas de la enfermedad é indicando los remedios. Si la monarquía los hubiera escuchado, hubiese podido prevenir la Revolucion reformando los abusos del antiguo régimen. Pero los médicos fueron perseguidos como fautores ó cómplices del mal que denunciaban. Y hoy todavia hay ciegos que los persiguen con sus vanos clamores.

Ahora se ve cuánta es la grandeza de los filósofos; son los elegidos de Dios que envía á los hombres para ilustrarles, porque hay una revelacion permanente que se realiza en la conciencia humana, bajo la inspiracion de la Providencia, y los filósofos son los agentes de esa revelacion. No es que ellos solos sientan lo que hace falta á la humanidad, sino que lo sientan con más viveza y más pronto. Un escritor aleman los compara á las altas montañas, cuyas cimas son alumbradas por la luz del sol, cuando los valles están todavia en la oscu-

(1) BENJAMIN CONSTANT, *Miscelánea* (De M. STAEL y de sus Obras).

ridad (1). Si no hubiera montañas ¿no habría amanecer? Hé aqui lo que pretenden los hombres de la reaccion: que si no hubiera filósofos, no hubiera habido revolucion. Más en lo cierto se estaría diciendo que sin la filosofía, las revoluciones serían mil veces más terribles. En efecto, la luz que reciben de Dios y que difunden los filósofos es la luz de la verdad, que impide á las revoluciones destruirlo todo, como lo hacen esos trastornos de la naturaleza física, terremotos, volcanes y tempestades, cuyas causas ignoramos. Gracias á los filósofos, las revoluciones reedifican al destruir; sin ellos, el elemento destructor aniquilaría las sociedades.

¡Cosa notable! Se acusa á los filósofos de haber inoculado en los ánimos la Revolucion, siendo así que todos ellos se dirigían á los reyes para obtener la correccion de abusos que señalaban. Eso admira, y, sin embargo, nada es más natural. Los pensadores son los privilegiados de la humanidad; son los mejores, los aristócratas, en el verdadero sentido de la palabra. Esos aristócratas de la inteligencia, aun cuando reclamen los derechos del pueblo, no hacen parte de él; no piensan en apelar al pueblo para excitarle á que obtenga las libertades á que tiene derecho por medio de la insurreccion; más bien desconfían de las masas, porque las ven abismadas en la ignorancia y la supersticion. Hé aqui por qué los filósofos del siglo XVIII soñaban en una revolucion realizada por un príncipe legislador.

Se acusa á los filósofos de ser revolucionarios, y se hace cargo á Voltaire, el más grande de todos, de haber adulado á los reyes. Si los filósofos fuesen cortesanos, ¿cómo habían de ser revolucionarios? Los ciegos partidarios del pasado no ven por qué Voltaire adulaba á los príncipes, por qué les decía que los filósofos eran los amigos de los reyes (2). Si los adulaba, no era á la manera de los nobles criados de la corte; era para obtener de los reyes la libertad que más le preocupaba, la de pensar; era para separarlos de la alianza funesta que habían contraído con la Iglesia y que produjo su ruina y la de la monarquía á la vez. Voltaire era

(1) BÖRNE, *Gesammelt Schriften*, t. VII, p. 309.

(2) *Carta* del 13 de Agosto de 1760 á Marmontel: "Es necesario que sepa el rey que los filósofos le son más adictos que los fanáticos y los hipócritas de su reino."—*Carta* del 27 de Octubre de 1760 á Helvetius: "El interes del rey consiste en que se aumente el número de filósofos y disminuya el de fanáticos."